

# Maquiavelo en persona

Roberto García Jurado



Estatua de Nicolás Maquiavelo de Lorenzo Bartolini en Florencia, Italia. Fotografía: Creative Commons

LAS CARTAS QUE ESCRIBIÓ MAQUIAVELO SON reveladoras, fuentes de valiosa información y medios para la confirmación o refutación de muchas interpretaciones sobre sus ideas. Algunos pasajes de sus cartas han pasado ya a ser prácticamente apéndices o anexos de sus obras mayores, otros dan cuenta de sus estados de ánimo, de sus preocupaciones o de las circunstancias que las propiciaron y condicionaron.

Para ilustrar lo anterior, basta recordar un pasaje de la carta más famosa que escribiera, la del 10 de diciembre de 1513, en la que le comenta a su amigo Francisco Vettori la manera en que pasa el día, sus quehaceres domésticos, sus lecturas, sobre todo su afición a los autores antiguos, como Tibulo y Ovidio, y también a los recientes, como Dante y Petrarca. Le cuenta cómo “Cuando llega la noche, regreso a casa y entro en mi escritorio, y en el umbral me quito la ropa cotidiana, llena de fango y de mugre, me visto paños reales y curiales, y apropiadamente revestido entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres donde, recibido por ellos amorosamente, me nutro de ese alimento que sólo es mío, y que yo nací para él...” De manera menos emotiva, pero más reveladoramente, le comenta después que ha escrito un opúsculo, *El príncipe*, el cual no está seguro si dedicarlo o no al destinatario para el cual fue concebido, Juliano de Medici, el gobernante en turno de Florencia. Como ya es historia, al morir Juliano en 1516, Maquiavelo finalmente le dedicó el libro a su hermano Lorenzo, quien lo sucedió en la conducción de la ciudad.

Ésta y la mayor parte de las cartas más importantes de Maquiavelo están contenidas en el *Epistolario 1512-1527* que reeditó el Fondo de Cultura Económica el mes de diciembre pasado para conmemorar los 500 años de *El príncipe*. Cabe precisar que no se reúne aquí toda su correspondencia, la cual llenaría más de 2500 páginas, y sólo se recopilan las cartas recuperadas que van de 1512, año de la caída de la república de Florencia y de su consecuente destitución del gobierno para el cual trabajaba, hasta 1527, año de su muerte. Se agrega al final un apéndice con algunas de las cartas más importantes anteriores a 1512, con lo cual se da una perspectiva bastante completa del conjunto de su correspondencia.

En las cartas incluidas en el presente volumen se pueden ver tanto las que envió y recibió de su familia, hijos, esposa y sobrinos, como las que intercambió con sus amigos, de entre los cuales destacan Francisco Vettori y Francisco Guicciardini, quienes son especialmente importantes no sólo por su cercanía con Maquiavelo, sino por el contenido de las cartas que intercambiaron. Además, hay cartas oficiales que Maquiavelo envió a sus superiores en el gobierno florentino que resultan igualmente valiosas.

Estas cartas tienen un enorme valor histórico y político porque en ellas se puede apreciar con toda claridad y de una manera más *personal* el vigoroso razonamiento práctico, lógico y político que Maquiavelo utiliza en sus obras teóricas. De este modo, la fecunda reflexión y polémica que se ha suscitado en la interpretación de sus textos encuentra aquí un punto de apoyo invaluable.

Este apoyo puede encontrarse fácilmente si se piensa por ejemplo en *El príncipe*, seguramente el libro de teoría política más leído en toda la historia de la humanidad, pilar del pensamiento político moderno, cuya difusión y relevancia han propiciado que se le someta a las más diversas interpretaciones; desde quienes piensan que se trata tan sólo de un manual para tiranos, como Bodino, Campanella o Voltaire, hasta quienes piensan que se encuentran ahí, entre líneas, una serie de lecciones para el pueblo, para que alcance su liberación,

como Rousseau o Gramsci. Incluso hay quienes ven en él una simple sátira, una forma de embaucar a los príncipes o un rosario de despropósitos y maldades en manos de un hereje. Y aunque todas y cada una de estas interpretaciones tengan alguna motivación en el texto mismo, muchas de las dudas, ambigüedades o certezas que despierta podrían encontrar medios de refutación o confirmación en esta correspondencia.

Es cierto que *El príncipe* es un libro muy peculiar, un texto de análisis político claro y directo, que puede parecer crudo y bárbaro, aunque no mucho más que el ambiente político de Italia y Europa en el Renacimiento. Es cierto que este libro no se parece mucho a las otras grandes obras de Maquiavelo, pero no debiera suscitar gran sorpresa señalar que tampoco es tan distinto. Si se presta suficiente atención a *Del arte de la guerra*, a la *Historia de Florencia* y aun a los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, se observará también aquí muchos de los juicios y opiniones que han provocado tantos cuestionamientos y condenas de *El príncipe*. Ahora bien, si se extiende esa misma atención a las cartas que Maquiavelo dirigió a sus amigos, se podrá observar también en ellas esos mismos principios, ese mismo ánimo.

Sólo como muestra de eso es conveniente referir tres ejemplos, tres pasajes característicos contenidos en estas cartas.

El primero de ellos se encuentra en una carta dirigida a los Diez de la Paz y la Libertad, uno de los órganos más importantes del gobierno de Florencia del cual Maquiavelo era secretario, encargado precisamente de los asuntos de política exterior; fundamentalmente de lo que atañía a la paz y la guerra. En esta carta fechada el 21 de noviembre de 1500, es decir, apenas tres años después de que Maquiavelo comenzara a trabajar para el gobierno de la ciudad, les decía que debían “seguir el orden de quienes en el pasado han querido poseer una provincia externa, que es disminuir a los poderosos, mimar a los súbditos, mantener a los amigos y guardarse de los compañeros, es decir de los que quieren en tal lugar tener igual autoridad”. Un pasaje que anticipa en



Nicolás Maquiavelo  
*Epistolario 1512-1527*  
México, FCE, 2ª edición, 2013  
496 pp.

más de diez años los rasgos generales del Capítulo 2 de *El príncipe*, y que señala con unos cuantos trazos los cuidados que deben tenerse para ampliar el Estado, para anexionar nuevos territorios, sin detenerse a cuestionar la legitimidad o autoridad para hacerlo.

El segundo es un pasaje de una carta dirigida a su amigo Francisco Vettori, embajador de Florencia ante el papa, en el cual le dice “veréis que a los hombres primero les basta con poder defenderse a sí mismos y no ser dominados por otros, y de esto ascienden después a ofender y querer dominar a otros”. Una breve pero contundente descripción de la naturaleza humana, de las pasiones de sobrevivencia y dominio que mueven a los hombres, y sobre todo, una simple pincelada de las relaciones políticas que pueden desarrollarse en un Estado teniendo como sustrato esas actitudes humanas congénitas.

El tercero corresponde a un fragmento de una carta dirigida a su antiguo jefe, Piero Soderini, quien fuera la máxima autoridad de la república hasta septiembre de 1512, en donde le dice “Sirve para dar reputación a un dominador nuevo la crueldad, la perfidia y la irreligión en una provincia en donde la humanidad, la fe y la religión han abundado por largo tiempo, del mismo modo que sirven la humanidad, la fe y la religión donde por un tiempo han reinado la crueldad, la perfidia y la irreligión..” Esta carta no está fechada, pero data de fines de 1512 o principios de 1513, poco antes de que Maquiavelo escribiera *El príncipe*, y se percibe ya aquí el tipo de análisis práctico y directo que caracteriza a ese libro, más aún, está ya ahí en ciernes el problema político y ético tan debatido y polémico del Capítulo XVII de este libro, acerca del buen o mal uso de la crueldad, de cuyos pormenores por obvias razones no se dará cuenta en este comentario, por lo que sólo basta señalar el antecedente y la conexión.

Estos tres pasajes son tan solo ejemplos de lo que puede encontrarse en la copiosa correspondencia de Maquiavelo; han sido seleccionados con el claro propósito de sugerir su utilidad para la interpretación del pensamiento político de Maquiavelo, haciendo a un lado muchos otros pasajes más de sumo interés para entender su vida, sus costumbres, su momento. Muy frecuentemente suele hurgarse en la correspondencia de grandes personajes para descubrir al ser real, al *alter ego*, al hombre normal que hay detrás de la genialidad o la excentricidad. Este no es el caso, las cartas de Maquiavelo nos lo presentan en persona, pero sus grandes obras también, era un hombre congruente con sus ideas en la esfera pública y en la privada, lo que es un incentivo adicional para seguir celebrando su legado. ■■